

Balompíe: alternativa simbólica de los españoles en La Habana (1898-1935)

Santiago Prado Pérez de Peñamil

Documentalista e investigador. Instituto Cubano de Radio y Televisión.

La orden militar 187 del 10 de octubre de 1899, emitida por el gobierno interventor prohibiendo la lidia de toros en Cuba,¹ constituyó una contundente ofensiva en el campo de las actividades recreativo-deportivas contra las tradiciones hispanófilas, tildadas de bárbaras y decadentes. En las últimas décadas del siglo XIX, la influencia anglosajona venía imponiéndose en el seno de la sociedad cubana y se erigió en signo de modernidad y factor enriquecedor del nacionalismo cubano. El beisbol, en especial, reasumido por la élite y la población cubanas como propio, se enfrentaría a las manifestaciones públicas de la tradición torera hispana, en clara actitud de reto ante el retrógrado régimen colonial.²

Ante la asunción de patrones nortños en las postrimerías de la centuria, Manuel Curros Enríquez, escritor gallego asentado en Cuba, en un texto escrito años después (1908), expresó su frustración ante la presencia anglosajona en la Isla.

Apenas el vapor me condujo á América desde el extremo occidental de España, el 5 de marzo de 1894, tuve el presentimiento de que España había muerto para Cuba [...] en vez de jugar sus mozos al trompo, los bolos y la

pelota [se refiere a la pelota vasca S. P.], características de la raza ibérica, jugaban al lawn tennis, al críquet, al foot ball [se refiere al fútbol americano] y al base ball [...] He ahí por qué la popularidad del base ball me advirtió, que si no de un modo formal, virtualmente, al desembarcar en Cuba me encontraba en tierra extranjera [...] por eso la pérdida de la soberanía de España en Cuba no data de 1898.³

Los españoles residentes en la Isla, tras la derrota del 98, debieron reacomodar sus intereses con necesaria urgencia ante las nuevas perspectivas que les imponía el candente e imprevisto futuro. Las garantías proporcionadas por el Tratado de París, en cuanto a la conservación de sus propiedades y de la nacionalidad de origen, lograron inicialmente sosegarlos ante la embestida de la indignación cubana y la multitud de órdenes y leyes que afectaban sus inmensas y emblemáticas prerrogativas, detenidas durante la recién desaparecida colonia. Y ante el vacío dejado por la derrota, apelaron a la oportuna búsqueda de concordia con el interventor norteamericano y con el elemento cubano, invocando a ultranza en este caso, razones de raza y cultura, mientras readecuaban sus actitudes y expectativas ante la realidad impuesta.⁴

La paulatina recuperación del marasmo inicial les permitió articular una estrategia encaminada al reestablecimiento de patrones hispanófilos, en buena medida de corte regional, aprovechando los resquicios ofrecidos por las favorables condiciones económicas y el inicial y progresivo incremento de una inmigración privilegiada por la Sociedad de Hacendados de Cuba, los partidos políticos cubanos recién constituidos y, en especial, por los centros sociales de la comunidad hispana y sus respectivos líderes. Con el crecimiento acelerado de la economía en las dos décadas iniciales del siglo xx, los sectores productivos, bancarios y comerciales españoles lograron establecerse con relativa autonomía y crear una verdadera independencia de los centros de poder político.⁵ Las sociedades hispanas evidenciaron un rápido incremento, sustentadas en un interés permanente por alcanzar una creciente acumulación de representatividad en la sociedad y, por lo tanto, de un capital simbólico. Desde el comienzo de siglo aumentaron su riqueza y promovieron la inauguración sostenida de diversidad de edificaciones de disímiles características, tanto en los campos de la salud y la educación, como en el relativo a las sedes de sus propias asociaciones. Igualmente surgieron infinidad de sociedades comarcales de instrucción y recreo, dispuestas a consolidar la recreación como elemento esencial en la vida social de la Isla.

Todas ellas, junto a los grandes centros regionales, conmemoraron las fechas y acontecimientos que compulsaron y movilizaron a la masa hispana.⁶ Acontecimientos como los ineludibles días de la raza, el trescientos aniversario de la edición del *Quijote*, en 1905; y los sucesivos y relevantes sucesos como la colocación de la primera piedra del Centro Gallego y su posterior culminación; la inauguración de los respectivos y fastuosos edificios del Centro de Dependientes de La Habana, de La Lonja del Comercio y del Casino Español, entre otros, mostraron el rápido ascenso hispano en la ciudad. Otros elementos simbólicos extraordinarios lo constituyeron el arribo a puerto habanero del buque escuela español Nautilus, en 1908, y la visita, en 1910, del catedrático de la universidad de Oviedo Rafael Altamira, uno de los ideólogos del panhispanismo,⁷ esgrimido como expresión de apadrinamiento de la madre España a las ex colonias americanas.

Estas circunstancias redundarían en un dominio relativamente alto del elemento español en su vida espiritual a través de las sociedades, las fiestas, la influencia de la prensa de estirpe española y de un sin número de actividades de sello hispanófilo. Sin obviar, por supuesto, el estricto control laboral de los inmigrantes, ejercido prácticamente en todas las esferas económicas urbanas y una organización regida por una

inteligente política de neutralidad y abstencionismo político, obligada en muchas ocasiones por las propias circunstancias; construida, al decir del historiador Jorge Ibarra, al estilo de «un Estado dentro del Estado», con evidentes prerrogativas para mantener su estatus.⁸

Los antecedentes en el campo deportivo se enmarcan en el propio crecimiento asociativo y económico hispano y en la imperiosa necesidad de garantizar también el protagonismo en los espacios públicos y recreativos. Ya desde principios del siglo xx se destacó una ofensiva hispano-vasca cuando, en 1901, se inauguró una gran instalación de jai alai con fines industriales, con previstas apuestas públicas oficiales, concebida por iniciativa de un grupo de personalidades vascas enriquecidas en tierra cubana.⁹ Pero en lo referido al desenvolvimiento del *sport* y el recreo en las sociedades españolas, no es hasta unos años después cuando le dedicaron su interés, igual que a las giras y al baile.

Para esos años, los deportes de origen anglosajón habían copado el entusiasmo de la población con posibilidades económicas reales. Muchos españoles acaudalados, y especialmente sus hijos, acudían a practicarlos. Las diversas teorías acerca de los beneficios de la ejercitación física capitalizaron la aceptación de la población más culta o pudiente y se esgrimieron como elementos esenciales de la vida moderna, con énfasis en las sociedades y los predios escolares, particularmente los de la élite. Deportes como el tenis, el hand ball, el fútbol americano, las velas, los remos, el ciclismo, el voleibol, el baloncesto, el boxeo, la natación, el pin pon, el patinaje, el críquet, el atletismo moderno, amén del beisbol¹⁰ —convertido en deporte de multitudes—, acaparaban en mayor o menor medida la atención. En cambio, los intentos de restablecer las añoradas lidias de toros tropezaron siempre con fuertes oposiciones, si bien pequeños grupos intentaron realizarlas en fincas ubicadas en las afueras de La Habana.

Originalmente, también los centros y sociedades españolas exhibieron interés en el establecimiento de actividades recreativo-deportivas en los salones de juego, como billar, cartas, ajedrez, así como en las salas de armas, dedicadas a la esgrima; los gimnasios, los bolos y la lucha canaria, prácticamente todas de ascendencia hispana. Cuando el Centro de Dependientes de La Habana fundó el gimnasio más moderno de la ciudad, a fines de 1907, adelantaba una posición en pro del deporte y de sus beneficios para la salud, intentando estar a tono con las exigencias de los tiempos.

Unas semanas después de la inauguración del centro, Fernando Ortiz, admirado por los avances de las sociedades hispanas en los campos de la salud, la educación y el resto de las actividades sociales, escribió:

El recreo, asimismo, ha merecido más y más su atención, así en el nuevo Centro de Dependientes, alcanza este casi la pluralidad de sus aspectos (billares, cafés, baile, esgrima, gimnasio, etc.) y yo me permito augurar que con el auge que van tomando las giras campestres de carácter regional, no ha de tardar el día en que los centros españoles sean apoyo firme del sport al aire libre que hoy cunde entre las clases populares, en todo el mundo y en la misma España.¹¹

Dentro de esas circunstancias nació el balompié en Cuba, particularmente en La Habana. Su asiento directo en el país, por supuesto, no constituyó un atributo de los españoles, si bien emergieron algunas individualidades dentro del primer equipo conformado en la Isla: el Sport Club Hatuey. La oleada anglosajona también nos trajo el *foot ball*, castellanizado inicialmente en Cuba como en España, como balón pie. Se utilizó ese nombre desde que se publicaron los primeros decretos, antes de cualquier otro reglamento, por medio de los cuales se regiría la organización original del juego.¹² Algunos jóvenes cubanos, imbuidos de entusiasmo por esa influencia, propiciaron su práctica como otro nuevo elemento de modernidad. Es así que compulsaron, para iniciar los primeros topes oficiales, la formación de otro equipo, el Rovers Athletic Club, constituido en ese entonces por entusiastas ingleses radicados en La Habana en los diversos negocios y empresas de capital de su país.

De este originario movimiento, y por iniciativa de dos cubanos, surgió la Federación de Foot Ball Association de Cuba, a fines de 1911, encargada de garantizar el futuro del incipiente deporte. La original ofensiva cubana para detentar el privilegio de la introducción del balompié tomó visos de defensa de cubanía y, aún años después, se le concedía esa iniciativa: «No es cierto, como entonces se aseguraba, que el deporte había sido introducido por los ingleses en Cuba, fueron los representantes del Sport Club Hatuey, que surgió a la vida en 1907».¹³ En una culta revista de la época se reportaba —durante los primeros encuentros entre ambos equipos en el terreno Tívoli, de Palatino—, luego de tildar al Hatuey de «cubanísimo», el «empuje innegable del *team* que se honra llevando el nombre del primer rebelde que protestó en Cuba». Y añade:

El entretenido y noble sport, que es nuevo para nosotros, va adquiriendo adeptos rápidamente. El Foot Ball inglés o Balón Pie, como se le llama en España, se le considera como sport de altura. [...] Ya empiezan a formarse *teams* de Balón Pie en nuestra capital que responden al empeño de los clubes anteriormente nombrados, por introducir entre nosotros el bello deporte.¹⁴

Evidentemente, comenzaba un movimiento espontáneo que aglutinaba a los primeros aficionados en la práctica del balompié para devenir, apenas unos años después, espectáculo de multitudes.

Los españoles en el balompié de La Habana

La intervención hispana no se hizo esperar. A los primeros jugadores españoles que participaron en el Hatuey se les comenzaron a sumar nuevos aficionados de este deporte. Se jugaba balompié de modo espontáneo y, en muchas ocasiones, por el solo afán de practicarlo. Pero no solo a título personal, sino conformando sociedades y equipos, estrechamente vinculados a la defensa de la hispanidad. La reacción, observada en una perspectiva mayor, era lógica, en tanto las sociedades deportivas hispanas establecidas en Cuba comenzaron a reproducir, en cierto sentido, los patrones instituidos en tierra española, si bien el referente inglés, respecto a las reglas y a buena cantidad de vocablos propios de ese idioma, continuaría rigiendo la organización y disciplina del juego. No había transcurrido mucho tiempo desde la introducción del balompié en España. Hacia finales del siglo XIX, se conformaron los principales equipos en Huelva, Cataluña, Bilbao, Madrid y otras regiones del país.¹⁵ Y en la primera década del XX se consolidaban en todo el territorio nacional, en las zonas de mayor concentración de población urbana. La cercanía de España a Inglaterra, la existencia en su territorio de capital inglés en diversos negocios e inversiones y la asunción del balompié por otras naciones europeas, consolidaron la práctica en el país, al extremo de considerarlo, en un breve tiempo, un deporte de raigambre nacional.

En Cuba, el creciente auge de fabricantes y comerciantes, futuros promotores del desarrollo del fútbol, así como la saneada situación de sus sociedades y la llegada sucesiva de inmigrantes, algunos con facultades para el juego, crearon condiciones óptimas para apropiarse definitivamente del protagonismo. Por otro lado, el novedoso deporte, lejos de granjearse el gusto criollo, se convirtió muy rápidamente en elemento ajeno al interés de los cubanos, inmersos profundamente, entre otras cosas, en las lides beisboleras. En cambio, en los predios españoles de la Isla, a la clamorosa defensa de la hispanidad en varias esferas económicas y sociales se unía el deporte al aire libre en grande, como singular expresión de esa comunidad. Además, las teorías panhispanistas esgrimidas por Rafael Altamira en su visita influyeron evidentemente en el fortalecimiento del arsenal simbólico de la colonia española. Y, a todas luces, en los inmediatos años posteriores a su visita, favorecieron la consolidación de paradigmas hispanos y la formación de, al menos, un equipo con los presupuestos defendidos por él y otros fervientes teóricos. A fines de 1912, nació oficialmente el Club Deportivo Hispano América,¹⁶ que intentaba vincular ambas regiones, a pesar de predominar en su seno un raigal sentimiento español.

Surgía como sociedad independiente de los centros antes establecidos, como signo distintivo en el entorno social. El Club Euskera¹⁷ encabezó la relación de los equipos de índole regional. Aunque de relativa corta vida, propició y robusteció el ambiente hispano en los inicios. A fines de 1914 surgió el equipo que definiría la vocación española del balompié habanero. Originalmente reconocido durante breve tiempo por un nombre poco contagioso, se convocó a un concurso entre los asociados para nominarlo. Entre las bases se destacaba una cláusula indispensable: «cualquiera que fuera la denominación habría forzosamente de simbolizar algo que recordara la patria ausente».¹⁸ Nació así a la vida pública con el nombre de Iberia Foot Ball Club como definitivo paradigma de las aspiraciones hispanófilas de los españoles de Cuba. Sus distintivos de identidad estarían señalados, entre otros, por el alegórico león ibérico como símbolo de nobleza. Y en 1925, según el reglamento reformado en 1929, al distinguirse al club con el «título de real» por la monarquía española, agregó a su bandera y otras insignias, la emblemática corona del reino:

Esta sociedad fue fundada el veinticinco de diciembre del año 1914 con el nombre de «Iberia Foot Ball Club» y en virtud de haberle concedido su majestad el rey, Don Alfonso XIII, de España [...] el nombre y las insignias de la realeza, por decreto de 19 de octubre de 1925, se denomina actualmente «Real Iberia Foot Ball Club».¹⁹

La eferescencia alrededor del balompié se había extendido a diversos sitios del país, aunque indudablemente La Habana se convirtió en su reservorio esencial por la enorme concentración de españoles residentes en esta ciudad. A los equipos creados, que lidiaban desde sus comienzos en campeonatos de primera categoría, se les sumaron otros de igual calidad, para convertir los encuentros en hechos de considerable significación. En 1917 se sumaron dos fuertes *teams* a las escuadras conformadas y se auspiciaron campañas competitivas muy reñidas. Emergieron a la palestra pública la sociedad Fortuna Sport Club, dedicada a «fomentar y cultivar toda clase de deportes conocidos en el mundo deportivo»,²⁰ con una sección de balompié auspiciada por el elemento español, y el Olimpia Sporting Club, con similares características, aunque en sus objetivos predominara «proporcionar a sus socios los medios de jugar al Foot Ball»²¹ como deporte principal.

En el afianzamiento simbólico de ese deporte como máxima expresión de la autoafirmación hispana, sumado al auge natural del balompié en el país, se sumó un elemento detonador inédito en la proliferación de sociedades y clubes dedicados a esa disciplina: la sorpresa ocasionada por la obtención por España de la medalla de plata, en los juegos olímpicos en la ciudad

de Amsterdam en 1920, con un equipo que comenzaron a calificar en todo el mundo como la «furia española». A raíz de esa victoria, no quedó una sola aldea en la península donde no se expandiera el balompié y comenzara a restarle adeptos a la tradicional e hispanófila lidia de toros. A fines de los años 20, en entrevista realizada a un jugador español establecido en Cuba —gallego por más señas—, este explicaba la nueva situación creada en su tierra natal. Ante una pregunta acerca de sus comienzos en el fútbol, expresó:

Como todos los chicos de estas generaciones: en cuanto eché a andar. Antes, los muchachos, así que se veían sin bragas y fuera de la pollera se vestían de toreros y hacían capotes con el primer cortinón que caía en sus manos, ahora se hacen de balones y se chuta contra las narices del mismísimo cura párroco que nos echa el agua bendita en la coronilla.²²

El comienzo de la década de los 20 es testigo de la consolidación de la práctica del fútbol en La Habana. Surgen nuevos equipos de primera categoría en representación de sus respectivas regiones hispanas, inscritos legalmente en el registro de asociaciones. En la campaña de 1922-23 y, durante algunas más, se enfrentarían ocho equipos de innegable calidad, todos de raigambre española, con la excepción del Rovers, ya casi en su campaña final. El Hatuey languidecía y se mantuvo en precario hasta eclipsarse definitivamente en esos años. Aparecían incluidos en la nómina los recién creados Catalunya Sport Club, Canarias Sport Club y el Juventud Asturiana. Breve tiempo después, se le sumaron el Vigo Sport Club, el Deportivo Centro Gallego, el Tenerife, el Baleares y, por apenas una campaña, el Deportivo Asturias. En la segunda categoría se reiteraban muchos de los nombres de los equipos mayores, pero surgieron otros que jamás jugaron en la élite, conformados por empleados españoles, asiduos a ese deporte, aunque, por supuesto, en la mayoría de los casos, defendiendo la camiseta de España o de una de sus regiones. Se agregaron a los nombres tradicionales, el España, el Celta, el Menorquín, el Juventud Deportiva Castellana, el Club Gijonés, el Cantabria, el Juventud Montañesa, el Centro Vasco, el Club Galicia y otros, imitando nombres de equipos de reconocido prestigio en tierra ibérica.²³

Hacia la mitad de la década se vigorizó el movimiento futbolístico; en 1926 llegaron a coexistir cuarenta equipos. Fueron tiempos de verdadera eclosión futbolística, a partir de lo cual surgieron y desarrollaron sus iniciativas las principales organizaciones locales: la Federación Occidental de Football Association (FOFA) y la Federación de Foot Ball de La Habana, y además, el Colegio de Árbitros, auspiciado por la FOFA y creado por un célebre profesional español. En esta época, se hizo efectiva la

La progresiva ausencia de jugadores hispanos dentro de algunos equipos comenzó a suplirse con rapidez con cubanos, generalmente de las capas humildes y de todas las procedencias raciales. La conciencia nacionalista, exacerbada con consignas, exigía la integración del cubano a las más disímiles actividades sociales.

adscripción a la Federación Internacional de Foot Ball Association (FIFA). Instantes de verdadera interrelación con España, de donde provenía la mayoría de los jugadores de primera línea en medio del ambiente deportivo, serían las visitas a La Habana de algunos de los más famosos equipos españoles como el Deportivo Español, el Barcelona y el Real Madrid, así como el Galicia Sporting Club, de Nueva York y el imbatible equipo uruguayo Nacional de Montevideo, a la sazón campeón olímpico, contratados para efectuar topes con los equipos más castizos de la ciudad. A los campeonatos anuales se sumaba la permanente discusión de trofeos, en algunos casos aportados por sociedades hispanas específicas, firmas comerciales, o a título personal por figuras del comercio y la política, siempre a la caza de estables clientelas. Entre las decenas de trofeos discutidos, las copas España, Beneficencia gallega, Carta Blanca, González Byass, Hispano o la suntuosa Omega, donada por el gallego Jesús Patiño, representante de los relojes de esa marca en el país, evidenciaban un ostentoso testimonio del devenir deportivo de la ciudad.

La intrínseca necesidad de efectuar los juegos al aire libre obligó a los gestores del balompié a crear las condiciones idóneas para ello en disímiles sitios de la ciudad. Lanzaron una ofensiva que les permitió usufructuar terrenos oficiales o grandes solares yermos, utilizados hasta esos instantes casi exclusivamente por el privilegiado beisbol. Desde muy temprano, los equipos existentes contaron con terrenos pertinentes para sus respectivas prácticas y enfrentamientos. Emplearon, entre otros, el antiguo terreno de Ciénaga, el Tívoli, la Bien Aparecida, Cuatro Caminos, Tres Palmas y el primitivo estadio de La Polar para dirimir competencias de segunda categoría o para prácticas cotidianas. Desde fines de 1911, en medio de la disputa por la primera Copa de fútbol, accedieron al paradigmático Almendares Park —asiento de los grandes eventos beisboleros y emblema de cubanía—, en franco forcejeo por agenciarse legitimación y protagonismo. En lo adelante, hasta casi su definitiva extinción física, la instalación se convertiría en la sede principal de los

encuentros de balompié en estrecha convivencia y sigilosa competencia con el beisbol. Incluso, al decir de testigos de la época, en los últimos años útiles de ese estadio se evidenció un aumento sustancial de la cantidad de público asiduo a este deporte en relación con la del beisbol. Un testigo presencial afirmaba años después: «Durante la temporada de 1911-12 se jugó por vez primera en los históricos terrenos de Almendares Park, en donde con el andar del tiempo, ¡quién lo iba a decir!, el balompié destronó al base ball».²⁴ Pero no conformes con lo obtenido, se lanzó una acelerada ofensiva para hacerse de terrenos propios y, luego de un frustrado intento matizado por conflictos intersociedades, el Deportivo Hispano América construyó el estadio Campo Armada,²⁵ a principios de 1928, para auspiciar, en exclusiva, las largas campañas de ese deporte. Y aunque se continuó jugando por un tiempo en el Almendares Park, desde la apertura del estadio Cerveza Tropical, y especialmente con la reaparición modernizada del nuevo Cerveza Polar, aumentaron en extremo las expectativas de ampliar el espectro de posibilidades para la práctica del deporte. Solo conociendo que en ese instante los propietarios de los nuevos terrenos eran españoles, se entiende la inusitada presencia del balompié en esos predios urbanos. Y aunque también se crearon para la práctica del beisbol y este, incluso, llegaría más tarde a retomar el protagonismo en los terrenos de La Tropical, la solidaridad y el agradecimiento de los propietarios de los terrenos a sus compatriotas privilegió el rumbo inicial del balompié.

Por otro lado, la presencia de un abundante público con posibilidades económicas reales, ávido de asistir los domingos a las justas deportivas, constituyó en buena medida la razón del éxito. Propietarios de terrenos, promotores de sociedades y enriquecidos patrocinadores actuaron en función de estimular y satisfacer las crecientes expectativas de esa gran masa de españoles, pendientes siempre del triunfo de su equipo favorito. Ya desde 1918, la emisión de la Ley de Cierre²⁶ permitió a todos los empleados del comercio disponer de, al menos, las tardes de los

domingos para satisfacer sus necesidades recreativas. A las giras y romerías se incorporó el balompié como un elemento aglutinante y componente esencial de la comunidad hispana en la Isla. Con él se perfeccionaba el mecanismo de plena autonomía social, perseguido por los más prominentes ideólogos, a través del estricto control en los servicios laborales, sanitarios, educativos y recreativos y, dentro de estos últimos, el dominio de los espacios públicos urbanos. Se incorporaban así como significativos lugares de sociabilidad y revitalizaban con su influencia el resto de los espacios públicos. La confluencia de multitudes²⁷ en las gradas, lanzando consignas en defensa de sus respectivos equipos, incrementó los lazos de paisanaje. La amplia cobertura de la prensa deportiva —en proporción relativamente alta de origen español—, alentó un movimiento social de resonancia y devino tema obligado en improvisadas peñas de fanáticos en bodegas, bares, fábricas, oficinas o en los diversos almacenes de la urbe.

De singular modo lo describe Jorge Mañach en una de sus magistrales estampas de la ciudad, cuando sintetiza los temas prioritarios de los miles de chavales hispanos en las rutinarias noches habaneras, sentados en la puerta del almacén, «en taburetes dialécticos, oblicuos contra las jambas saturadas de football y de política regional. Asturias *versus* Galicia. Marruecos. Servicio obligatorio. Las estrecheces de la quinta».²⁸ Otro testimonio del ambiente castizo lo ofrece un jugador gallego. Ante la pregunta de si deseaba regresar al Deportivo de su región de origen, respondió tajante: «No. Y cambiaría todos mis recuerdos del Deportivo de allá, poniendo toda mi alma en la defensa del Deportivo Habanero. Al fin y al cabo, los dos hacen la misma bandera: Galicia».²⁹

La participación predominante de jugadores hispanos patentizaba la casi total supremacía española en la estructura deportiva creada en esos tiempos. La nómina de jugadores de los grandes equipos atestiguaba la presencia de figuras de cierta relevancia en el contexto regional español, atraídas por las campañas habaneras. Ellos se erigieron en héroes de los inmigrantes, quienes seguían con fervor sus carreras deportivas, y se convirtieron en paradigma de éxito inmediato dentro del contexto capitalino. Así como se celebraba la fama de los beisbolistas criollos, se aclamaba también la de los ídolos del balompié. Muchos de sus nombres y fotos participaban de la atmósfera de la ciudad, en ocasiones anunciando productos de diversas procedencias fabriles, tal como se hace en la actualidad. La asistencia a los espacios públicos del balompié encauzó igualmente las ansias juveniles de miles de chavales, dislocados dentro de la ciudad durante sus jornadas de asueto. De ese modo, evitaban posibles

inconvenientes o comportamientos inadecuados dentro del contexto social. Es sintomática una carta del secretario de la administración del gobierno provincial a la directiva de la Federación Occidental de Foot Ball Association después de la solución de uno de los tantos conflictos dirimidos entre las instituciones del balompié. Luego del saludo inicial y de ensalzar la prominencia adquirida por el *foot ball* a nivel internacional, opinaba de su instauración en La Habana:

Esa nueva modalidad de los deportes agrupó en su derredor grandes núcleos de jóvenes, *en su mayoría españoles*, empleados en casas de comercio o dedicados a otras ocupaciones, alejándolos en sus ratos desocupados de entretenimientos menos provechosos, de pasatiempos no siempre honestos o de diversiones poco convenientes.³⁰

Al extenderse en consideraciones acerca de la política del gobierno, en mesurado tono y evidente conveniencia, exhortó prudentemente a los organizadores del balompié en la ciudad a la necesaria conciliación y a acatar en todo momento la disciplina social:

Nuestra joven República no podía permanecer indiferente a los estímulos de esas corrientes de simpatías que de hace algún tiempo se manifestaban en favor de dicho sport, y hace ya varios años se organizaron Asociaciones y Clubes en los que jóvenes animosos y decididos constituyeron equipos de diversas categorías, que se disputaban premios por ellos entusiastamente organizados [...] y lógico es que quienes lo practiquen conserven a través de los tiempos y de todas sus vicisitudes sus nobles características, ya que ellas contribuyen de manera eficiente al mejoramiento de las costumbres de los ciudadanos y de la sociedad.³¹

Indiscutiblemente, el balompié devino un elemento estratégico de control social, tanto para el gobierno como para la jerarquía hispana al volcar las energías de la comunidad juvenil en las contiendas deportivas. Jorge Mañach, en ensayo escrito en 1931, pero publicado años después, penetraría con sagacidad en el comportamiento hispano en relación con sus realidades, pretensiones y anhelos sociales.

Advenido esto que llamamos República, el español se sintió, por natural pudor y discreción, obligado a abstenerse de todo interés en los destinos nacionales. Su instinto político pugnaz buscó entonces desahogo en las luchas de los centros regionales [...] El deporte vino a aliviar a los «centros» de esa irritación interior. El espíritu de bandería se desplazó del salón de actos a la cancha, de las «juntas» a los partidos [...] He aquí, pues, cómo la cancha viene a ser un símbolo de algo que a los cubanos nos interesa enormemente —el absentismo español. Si los centros regionales han medrado entre nosotros como han medrado, *si el balompié absorbe todos los entusiasmos e iniciativas que absorbe*, es porque en esas actividades se concentra, al margen de la vida cubana, del interés cubano, una energía que no hemos sabido incorporar a la integración de la República [...] El resultado es [...] un factor enorme de población afín que tiene casi todos los derechos y casi ningún deber: un caudal de iniciativas y entusiasmos que, desviados de las necesidades cívicas de

un país en formación, tiene que desahogarse en jiras y rivalidades balompédicas.³²

Pero el protagonismo exhibido durante la década de los 20 por los españoles en las canchas de este deporte comenzaría a decaer apenas comenzada la década de los 30 por disímiles razones históricas. Un soterrado y pugnaz impulso cubano se dejaba entrever en las contiendas y con el tiempo se convertiría en elemento de relativa consideración.

Hacia la cubanización

Ya desde mediados de los años 20 algunos jóvenes nacidos en la Isla, vinculados desde su infancia a varios de los focos balompédicos de la ciudad, pudieron acceder a equipos constituidos —en particular a los de segunda categoría. Su presencia en este deporte se hacía prácticamente inevitable debido a la necesidad de los *teams* de mantener en su nómina a jugadores de cierta calidad. No obstante, mientras las sociedades pudieron sostenerse con jugadores de origen hispano, sus directivos prescindieron de la participación cubana, excepto, por supuesto, en los contados casos de algunos hijos de españoles estrechamente vinculados a las actividades laborales y sociales de sus padres. También, inicialmente, se mantuvo una cierta reticencia por parte de los cubanos, a las prácticas del balompié absortos en la práctica del beisbol. La minoría decidida a jugarlo sufrió, cuando menos, las burlas del resto de los jóvenes nacionales.

Las propias huestes hispanas, imposibilitadas de copar sus equipos con compatriotas, incentivaron —no siempre con éxito— la participación de niños dispuestos a defender las banderas de sus respectivas instituciones en los campeonatos de esa categoría y en las de otras jerarquías superiores.

En ese contexto, desde la segunda mitad de los años 20, la progresiva ausencia de jugadores hispanos dentro de algunos equipos comenzó a suplirse con rapidez con cubanos, generalmente de las capas humildes y de todas las procedencias raciales, para evitar el colapso de los equipos. Por otro lado, la conciencia nacionalista, exacerbada con consignas, exigía la integración del cubano a las más disímiles actividades sociales. Un importante hecho precipitaría esa ofensiva en el campo balompédico: la celebración en La Habana de los II Juegos Centroamericanos, en 1930. Ante esa realidad, se propició un movimiento nacionalista promotor de la conformación de un equipo netamente cubano, con reales condiciones de representar al país. Y con relativa antelación comenzó a vislumbrarse esa posibilidad. Surgieron entonces los primeros ecos en defensa del cubano como

protagonista del balompié, con suficiente potencial para afrontar dicho deporte.

En 1929, varios cubanos incluidos excepcionalmente en las nóminas de los grandes equipos hispanos, aún rezumaban cierto escepticismo respecto a la participación cubana en el evento. Ante la interrogante de por qué no arraigaba el balompié en el pueblo cubano, un jugador del patio entrevistado en esa época, opinaba:

¡Qué ha de ser! Lo único que puede llamar la atención y atraerlo: la formación del equipo nacional. Debemos reconocer que no es tan absurda la actitud de indiferencia del público criollo con el fútbol. ¿Qué puede interesarles a los cubanos un espectáculo cuya cartelera anuncia: Juventud Asturiana vs. Centro Gallego?; o este otro: Cataluña vs. Iberia.

Aunque acotaba a continuación: «Sin embargo, en uno de esos clubes, en el Iberia, existen excelentes jugadores cubanos. Y en todos los demás se ha iniciado el “acriollamiento” de las filas balompédicas». ³³ Otro jugador, ante similar pregunta y aún con incertidumbre, adujo:

Porque los directores hacen poco o nada. Hay materiales para hacer una selección formidable, tal vez imbatible. ¿Por qué no se hace? [...] Con una propaganda adecuada los cubanos irían [al estadio] aunque no fuera más que por curiosidad. Y lo principal es esto: traerlos al estadio. De lo demás se encargará el propio deporte. Su belleza, su emoción y su ciencia hacen aficionado al que una vez fue espectador, y «fanático», al que llega a aficionarse.

En relación con las cualidades exhibidas por el elemento criollo, agregaba: «extraordinarias. Es instintivo, ágil, resistente y propenso a todas las disciplinas que el juego exige». ³⁴

Para entender las emociones de la época, es necesario citar en extenso al periodista de *El Herald de Cuba*, Miguel Pascual, el mayor defensor de la cubanía en esos instantes, cuando a principios de los 30, en prólogo a su libro, expresó:

El futbolismo ha llegado un poco tarde a Cuba, pero por eso no deja de ser menor la pujanza y brillantez que lo acompañan. Los jóvenes cubanos cuentan con facultades más que apropiadas para practicarlo ventajosamente. Su vivacidad, su instintiva forma de concebir las luchas deportivas, su ligereza y el valor indudable que los distingue ha de proporcionarle muchos días de gloria. ³⁵

Reconoce la influencia hispana en una sencilla pincelada: «Por aquí pasó el gran Ricardo Zamora al frente de sus huestes “españolistas” y dejó enseñanzas que se han sabido aprovechar». No obstante, pregunta y responde eufórico: «¿Es propiamente cubano el fútbol que aquí se practica? Claro que sí. El aspecto más interesante es ese. Algunos clubes van cubanizándose en una proporción muy parecida al desenvolvimiento y progreso operado en él». Comenta que cuatro años antes hubiera sido imposible pensar en un equipo local:

Hace ese mismo tiempo, los cuatro años señalados arriba, hubiera sido una quimera intentar la formación de un equipo cubano. Sin embargo, ahí tenemos como en estos Juegos Deportivos Centro Americanos [...] no solo tenemos un *team* de jugadores cubanos, sino se le indica como indiscutible favorito.

Y se extiende en un aspecto importante: «tampoco antes era posible un espectador cubano, un aficionado cubano en los estadios en que se estuviera practicando balompié». Reconoce que ni siquiera los agentes de la autoridad toleraban el juego cuando prestaban sus servicios en los partidos. «El panorama ha cambiado totalmente. Existen en la actualidad aficionados que se apasionan tanto o más con el balompié que con un *match* de boxeo o un gran juego de beisbol». Y en su afán de hacer del balompié deporte eminentemente criollo, insiste en cubanizar al resto de los jugadores extranjeros asentados en el país. «Además de que Cuba tiene jugadores notables, puede considerarse como suyos a no pocos extranjeros que se hicieron aquí, que aprendieron y se destacaron aquí, que viven aquí».³⁶

El acelerado intento de cubanizar el balompié coincidió con las nuevas condiciones aportadas por los tiempos. La categórica victoria de la selección cubana en los Juegos Centroamericanos, al menos, confirmaba los argumentos. El resultado incidió en la euforia nacionalista y en el interés de algunos por hacer prevalecer la influencia cubana en los destinos del balompié. Meses antes de la victoria, había surgido el equipo Deportivo Puentes Grandes, en reto a los establecidos, y como muestra de la voluntad de protagonismo cubano. De acuerdo con su reglamento, sus colores insignias, azul, blanco y rojo, los de la bandera cubana, denotaban su procedencia.³⁷ Inmediatamente se lanzaron al terreno. «Y el primer trofeo que conquistaron en la “manigua” fue la Copa Concepción Arenal»,³⁸ un premio, paradójicamente, de raigambre hispana. No obstante, debido a la reticente oposición de las grandes sociedades españolas de balompié, el Puentes Grandes no pudo acceder, hasta el año 1939, a la primera categoría.

Desde los convulsos primeros años 30, agudizada la crisis económica, con la política y social, la estampida española se patentizaba con mayor rigor. Una buena cantidad de jugadores estrellas buscaron nuevos horizontes en España y en otros países latinos. Hacia la mitad de la década, las nóminas de los tradicionales equipos hispanos solo mostraban algunas individualidades de ese origen, dispersas en el panorama balompédico. Sin embargo, a pesar de los tiempos, las directivas de esas sociedades continuaron ejerciendo el control del deporte, como lo hicieron en la mejor de sus épocas, y los trofeos disputados siguieron aludiendo a las

emblemáticas instituciones hispanas o a algunos de sus líderes. Los poderosos clubes de ese origen continuaron campeando con sus nombres y sus seguidores; entre otras razones porque el público, en su inmensa mayoría, continuó siendo de los españoles residentes en La Habana, dispuestos a seguir rememorando su terruño, siquiera a través de los legendarios nombres de los equipos españoles. Durante la guerra civil, arribaron algunos jugadores de España, pero representaron una insignificante minoría dentro del concierto balompédico. La época de oro del balompié puramente español en Cuba había desaparecido para siempre.

Notas

1. Pablo Riaño San Marful, *Gallos y toros en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2000, p. 83. El autor quiere agradecer la asistencia del español radicado en Cuba Constantino Díaz Luces, sin el que hubiera sido imposible la redacción de este trabajo; también a Mercedes Cueto, por su documentación y ayuda.
2. Véase Félix Julio Alfonso, *Beisbol y estilo. Las narrativas del beisbol en la cultura cubana*, Colección Pinos Nuevos, Letras Cubanas, La Habana, 2004, pp. 13-50.
3. Manuel Curros Enríquez, «Introducción», en Ramón S. Mendoza et al., *El base ball en Cuba y América*, Imprenta Comas y López, La Habana, 1908, pp. 3-5.
4. Véase Marial Iglesias, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba. 1898-1902*, Ediciones Unión, La Habana, 2003.
5. Véase Jorge Ibarra, *Cuba 1898-1902. Partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
6. Véase María del Carmen Barcia, «Un modelo de emigración «favorecida». El traslado masivo de españoles a Cuba», *Catauro*, a. 3, n. 4, La Habana, 2001, pp. 36-59.
7. Para entender la incidencia del panhispanismo en Cuba, véase Ana Cairo, «Contra el panhispanismo. De José Martí a Fernando Ortiz», *Temas*, n. 12-13, La Habana, octubre de 1997-marzo de 1998, pp. 96-106.
8. Jorge Ibarra, ob. cit., p. 183.
9. Antonio Méndez Núñez, *La pelota vasca en Cuba. Su evolución hasta 1930*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1990, pp. 15-23.
10. Carlos E. Reig, *YMCA. Memorias Deportivas. 1905-1910*, Departamento de Comunicaciones, Consejo Latinoamericano de Iglesias, Imprenta Hojas y Signos, Quito, 2003.
11. Fernando Ortiz, «Cultura de Ultramar», *Cuba y América*, a. 9, v. XXV, n. 9, La Habana, enero de 1907, p. 3. Para comprender los criterios de Fernando Ortiz respecto a los españoles de Cuba y, sobre todo, su posición antes y después de la visita de Rafael Altamira, véase Ricardo Quiza, «Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República», *Temas*, n. 22-23, octubre-diciembre de 2000, pp. 46-54.
12. Pedro Fernández («Peter»), *Algo de historia del balompié en Cuba*, Atalaya S. A., La Habana, 1949, p. 11.
13. *Ibidem*, p. 12.

Santiago Prado Pérez de Peñamil

14. L. R. Lamult, «Balón-Pié», *Tiempo*, a. 15, v. XXXV, n. 10, La Habana, 10 de febrero de 1912, p. 14.

15. «Fútbol», *Diccionario Enciclopédico Espasa*, t. 6, Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1985, p. 631.

16. Archivo Nacional, *Fondo Asociaciones*, Legajo 1153, Expediente 24148, La Habana, p. 1.

17. Pedro Fernández («Peter»), ob. cit., p. 18.

18. *Ibidem*, p. 25.

19. Archivo Nacional, *Fondo Asociaciones*, Legajo 382, Expediente 11524, La Habana, p. 29.

20. *Ibidem*, Legajo 1090, Expediente 22862, La Habana, pp. 1-2.

21. *Ibidem*, Legajo 390, Expediente 11690, La Habana, p. 1.

22. «Entrevista a Manuel Pérez», en Miguel Pascual («Back»), *Los ases del futbolismo cubano. Cómo viven y cómo juegan*, Imprenta P. Fernández C. A., La Habana, 1930, p. 116.

23. Pedro Fernández (Peter), ob. cit., pp. 47-8.

24. *Ibidem*, p. 17.

25. Nombrado así en homenaje al presidente de la directiva de la sociedad Deportivo Hispano América, Rafael Armada, en los instantes de la inauguración del estadio. Armada era propietario de una fábrica de chocolates de marca homónima.

26. León Primelles, «Ley de cierre», *Crónica cubana. 1915-1918*, Editorial Lex, La Habana, 1955, p. 504.

27. A los efectos de comprobar la cantidad de españoles radicados en Cuba, consultar censos de 1919 y 1931. En 1919 existían, solo en el municipio de La Habana, 66 768 (p. 338). Y en 1931, la cifra ascendía a 90 729 (p. 212). Suficientes cantidades para auspiciar

eventos económicamente rentables y garantizar la pretendida hegemonía hispana.

28. Jorge Mañach, «Muralla», *Estampas de San Cristóbal*, Ediciones Ateneo, La Habana, 2000, p. 67.

29. «Agustín Rojo», en Miguel Pascual, ob. cit., p. 148.

30. Archivo Nacional, *Fondo Asociaciones*, «FOFA», Legajo 343, Expediente 10186, La Habana, p. 52.

31. *Ibidem*, pp. 52-3.

32. Jorge Mañach, «Incorporación del español», *Pasado vigente*, Editorial Trópico, La Habana, 1939. pp. 134-5. (El énfasis es mío. S. P.)

33. «Ramón Caveda», en Miguel Pascual, ob. cit., p. 343.

34. «Ricardo Más», en Miguel Pascual, ob. cit., pp. 184-5.

35. Miguel Pascual, «Prólogo», en Miguel Pascual, ob. cit., pp. 5-6.

36. *Ibidem*, p. 6.

37. Archivo Nacional, *Fondo Asociaciones*, Legajo 442, Expediente 14771, p. 2.

38. Pedro Fernández («Peter»), ob. cit., p. 93.

© TEMAS, 2007